

EL COMERCIO

REVISTA CIENTIFICA, LITERARIA Y ARTÍSTICA.

REGALO A LOS SUSCRITORES.

PRECIO EN VENTA 0'20 DE PTA.

SUMARIO.

TEXTO.—El Tribunal secreto, por X.—El Genio, por D. José Martínez Monroy.—Armas. Breve reseña desde los tiempos mas remotos hasta nuestros días, por D. A. Ordax.—Van Dyck, por X.

GRABADOS.—Paisage. Copia de un dibujo á la pluma, por Don A. Ribas.—Costumbres valencianas. Del Grao de Valencia.

EL TRIBUNAL SECRETO.

DURANTE muchos siglos, una gran parte de la Alemania estuvo sometida á un poder judicial no menos temible que la inquisicion en España. Esta jurisdiccion, cuyo recuerdo aterra aun hoy dia, era conocida con el nombre de los *Jueces francos*, ó tribunal secreto de Wessalia. No se sabe positivamente la época de su instituto, pero su objeto fué castigar los crímenes contra la religion. Posteriormente los jueces francos ampliaron sus atribuciones, abrogándose la facultad de perseguir los crímenes de toda clase.

Su residencia principal era en Wasfalia, pero su jurisdiccion se estendia á casi toda la Alemania. El tribunal se componia de un gran maestro, de condes francos, de jueces francos, de alguaciles que hacian las veces de oficiales, y de afiliados encargados de ejecutar las sentencias. Un ceremonial espantoso acompañaba el recibimiento de estos últimos, cuyo número llegó á cien mil en la época de su mayor prosperidad. Para ser admitido en esta sociedad, era preciso haber nacido aleman, ser libre y cristiano y

afianzado por dos jueces francos. Al presentarse, se arrodillaba á los piés del conde franco, ponía la mano derecha sobre una espada desenvainada y un lazo de cordel, y pronunciaba el juramento de ayudar y cooperar en beneficio de la sociedad, defendiéndola hasta contra sus padres, hermanos, esposa é hijos. El conde franco pronunciaba despues un discurso sobre los deberes de los jueces francos, leía al candidato los estatutos de la sociedad y le instruía en los diferentes signos con que los iniciados se reconocian.

El juramento pronunciado se observaba con sumo rigor; la menor indiscrecion era castigada de muerte.

Los jueces francos establecian por donde quiera su tribunal, en las casas como en los bosques, y en los subterráneos como al aire libre; los familiares, armados de cordeles y puñales, guardaban los alrededores del santuario y castigaban de muerte á los imprudentes llevados de la curiosidad. Cuando se denunciaba un individuo á la sociedad, uno de los familiares iba á intimarle que compareciese ante los jueces francos, y clavaba la intimacion con la punta de un puñal, de hechura particular, en el lugar que habitaba el desgraciado. Al presentarse este al tribunal, era interrogado y tenia derecho á defenderse, y en caso de condena, se rompía una vara sobre su cabeza y se le entregaba á los familiares, que le ejecutaban ahorcándole ó dándole de puñaladas.

El terror que inspiraba esta sociedad mantuvo su poder durante muchos siglos. Sin embargo, en algunas ciudades alemanas formaron sus habitantes una sociedad mútua contra los jueces francos, oponiéndoles tambien la horca y el puñal. Por otra parte, los emperadores de Alemania se alarmaron con el desarrollo espantoso que habian adquirido, y trataron de suprimirla; pero su organizacion era tan robusta, que á duras pe-

nas pudieron conseguirlo con el tiempo. A fines del siglo último, los jueces francos, conservando siempre su terrible nombre, pero privados de su poder, se reunían aun para leer sus antiguos estatutos. Trataron de reanimar y rejuvenecer el instituto decrepito, cuando las poblaciones alemanas se asociaron para luchar contra Napoleón. Después del régimen imperial, sus esfuerzos se dirigieron contra el despotismo, revelándose su existencia con la muerte del escritor Kotzebue, acusado de atentados contra la libertad germánica.

X.

EL GENIO.

Fulgente rayo de la luz divina,
Que de Dios en la mente soberana
Los cielos ilumina,
Hijo de la creación, nací potente
En su vasto palacio,
Del mundo en la mañana;
Crecí ensanchando el infinito espacio,
Y levanté la inmarcesible frente,
Augusta ya, sobre la estirpe humana.
Volé por el Eden; y conduciendo
Las cintas de mi carro la fortuna,
Lancéme audaz, rompiendo
Las tinieblas del caos insondable,
Y el Eter impalpable
En que flotando se meció mi cuna.
Inmensos mares de movibles gasas
En torno de mi sólio refulgente
Informes se agruparon;
Polvo de estrellas anubló mi frente,
Y los rayos del sol me deslumbraron.
Mas las alas batí, las negras masas
Radiante separé; y adonde quiera
Que mi afanosa vista descubría
Otra luciente esfera,
Allí volaba yo: crucé la altura;
Brillando el cielo frente á mí veía,
El abismo á mis piés negro y profundo,
Y allá, á lo léjos, oscilando el mundo.
Yo ví al Eterno, con la esencia pura
De la edad que pasaba
Pirámides de siglos amansando;

Y en la cúspide yo, siempre yo estaba
Sobre el tiempo de ayer mi trono alzando.
Y mi voz resonó en las cavidades
De las vastas alturas,
Llamando sin cesar á las edades
Presentes y futuras,
Los siglos que vendrían.....
Y en monton acudían,
Ciñendo mi cabeza, á mi voz sola,
De indefinible y mágica aureola.
Ví las puertas del cielo
Rodar sobre sus ejes de diamante
Al sentirme pasar, y hollé triunfante
En mi carrera el primoroso velo
De rosas y de flores,
Que en mi color tiñeron sus colores.
Con el rico tesoro
De mis hebras de oro,
Su dulce lira fabricó el Parnaso;
El eco de mi voz fué la armonía,
Y guirnaldas de nubes, á mi paso,
El coro de los ángeles tejía.

Y á los mundos bajé: ví las pasiones
Y los vicios bullir, salir brotando
De mil generaciones
Su fuego, en humo sin cesar tornando;
Y en un punto radiante y luminoso,
Que más que todos á mis piés brillaba,
Ví un tropel de mortales, que afanoso,
Con ciega y torpe y vacilante mano
Entreabir procuraba
De la ciencia el arcano,
De que tan sólo Dios tiene la llave,
Y donde el hombre penetrar no sabe.
Ví los pueblos nacer; ví las ciudades
Bordar de vida la desierta esfera,
Y al soplo creador de las edades
Elevarse fantásticas do quiera,
Sus alas de color desenvolviendo,
Y hácia mí sus palacios
Y sus doradas cúpulas tendiendo.
Sobre un trono de perlas y topacios
Ví también la virtud, célica y pura;
Y miré con pavora
Su manto de esplendor y poderío
Deshecho por el hombre en mil jirones,
Para ocultar el esqueleto frío
De las torpes y lánguidas pasiones.
Los pueblos y las razas que vinieron,
Llenas de juventud, de fuego henchidas,
Un tiempo por el orbe consumieron
Su existencia quimérica, ignorada;
Y luego confundidas

Rodaron á la nada,
 Y otras razas despues las sucedieron.
 Y de ese torbellino impetuoso,
 En que se agitan siempre las naciones,
 Ví cien héroes salir, en sus bridones
 Cruzar el mundo, recorrer la tierra
 Al ronco són de guerra,
 Y en la diestra el acero endurecido;
 Y les ví denodados,
 Roto en chispas el viento
 Al choque de la espada y al rugido
 Del tronante cañon, en un momento
 Los límites borrar de los estados.
 Hubo un tiempo despues, que una mirada
 Al dirigir fugaz de polo á polo,
 Tan sólo ví la nada...
 ¡Humo y tumbas tan sólo!...,
 Algunos pocos hombres, que empujaban
 Hácia el antro vacío
 A los pesados siglos que pasaban;
 Y que despues, con loco desvarío,
 Con entusiasmo fiero,
 En triunfo conducian
 Al siglo venidero
 En sus hombros robustos y esforzados,
 E, insensatos, caian
 Bajo el enorme peso sepultados.
 Mas ví tambien á algunos elevarse
 Con noble afán hácia el celeste velo,
 Y mirarme y temblar; les ví adornarse
 De refulgentes galas,
 Y en las brillantes y preciosas alas
 Del arte y de la ciencia, alzarse al cielo,
 Derramar sobre el mundo la belleza,
 Y elevar victoriosos
 Sobre los otros hombres su cabeza;
 Y yo, que los ví ansiosos
 De la gloria esplendente
 Que el talento inmortal siempre ambiciona,
 Para ceñir su frente
 Les arrojé un laurel de mi corona.
 Ví los tronos alzarse, el orbe todo
 Sembrarse de monarcas opulentos;
 Más pronto derribarlos en el lodo
 Ví á las generaciones;
 Y luego á las naciones
 Miré esculpir sus sacrosantas leyes
 En los rotos fragmentos
 De las viejas estátuas de sus reyes.
 Ví brotar religiones á millares
 Que en el fondo del tiempo se formaron,
 Y que luego en magníficos altares
 Los hombres adoraron

Con fanatismo ciego;
 Y á la voz del Eterno
 Las ví yacer precipitadas luego
 En miserable y torcedor infierno.
 Con sus torres gigantes
 Ví elevarse los templos soberanos,
 Y plegarias y cánticos brillantes
 Lanzar desde su seno los humanos;
 Mas pronto ví tambien crecer la hiedra
 En el ara olvidada
 Escribiendo en el tiempo una arruinada
 Pero terrible maldicion de piedra.
 Ví las falsas deidades
 Cruzar con la corona en la cabeza,
 Al pasar las edades;
 Llegó por fin de la verdad el dia
 Y abatí su grandeza,
 Y mostré su quimérica valía,
 Los altares rompiendo en mil pedazos;
 Y en seguida las ví contra mi trono
 Fulminar impotentes anatemas,
 Y extender hácia mí con ciego encono
 Los raquíticos brazos,
 Entre el polvo buscando sus diademas.
 Hoy ya, por los espacios elevado,
 Donde tiendo mi vuelo,
 Del sempiterno Dios ante la alteza,
 Por los genios del orbe rodeado,
 En las gasas del cielo
 Envolviendo mi fúlgida cabeza;
 Miétras los mundos á mis piés rodando,
 Empujados del tiempo, en sombra vana
 Cual ténues ilusiones van pasando,
 Esperaré á los mundos del mañana;
 Y en imperioso tono
 Sus leyes dictaré, desde el palacio
 En que, oculto en los pliegues del espacio,
 La diestra del Eterno alza mi trono.
 Y si atrevido el hombre
 Quiere seguir mis huellas
 Y elevar hasta allá su pensamiento,
 Encontrará mi esclarecido nombre
 Bordado con estrellas
 En el límpido azul del firmamento.

JOSÉ MARTINEZ MONROY.

ARMAS.

Breve reseña desde los tiempos más remotos
hasta nuestros días.

ARMAS PREHISTÓRICAS.

La historia en el sentido ordinario, esto es, la serie de los hechos que sabemos del desenvolvimiento de la humanidad, no es más que una porción imperceptible de la historia verdadera, considerada como el cuadro que podemos formar del desenvolvimiento del universo (1).

No podemos determinar el origen de las armas, como no podemos determinar el origen del hombre. A pesar del precepto griego el hombre no conoce apenas nada de sí mismo. No conoce por completo su cuerpo; ni su inteligencia, ni su cuna, ni su historia. Pero, en compensación, consolémonos repitiendo con Joly; él ha medido los cielos; él ha calculado el peso de la tierra y la distancia de los astros; él ha convertido el Júpiter Tonante de sus abuelos, en un simple mensajero que trasmite instantáneamente nuestro pensamiento, y hasta nuestra voz, de una á otra extremidad del mundo; él ha conseguido hacer hablar á los muertos; él ha forzado al sol y á la luna á pintar su propia imagen, y todo cuanto él quiere, en el fondo de una cámara oscura; ¿y qué más? él les ha reducido al papel de copistas de nuestros viejos manuscritos; él ha destronado á Neptuno y se ríe de sus furores; él adelanta al pájaro en su vuelo, y sus locomotoras, corren sin fatigarse, diez veces más que el corcel más vivo; él ha domado todos los elementos; el aire y los vientos le obedecen como esclavos, y tal vez muy pronto, navíos de un nuevo sistema surcarán por la atmósfera, con tanta seguridad como por la vasta extensión de los Océanos. La tierra revuelta, trastornada en todos los sentidos, va entregándole poco á poco sus secretos, y en sus manos el fuego, Proteo intocable, Proteo incogible, se ha hecho líquido (2).

Pero si no se conoce la fecha precisa del origen del hombre, sábese al menos aproximadamente, la época en que debió existir sobre la tierra con los caracteres de tal.

(1) Renan. «Dialogues et Fragments philosophiques.» Les sciences de la nature et les sciences historiques.

(2) Llámanse así el producto descubierto por Nikles; descubrimiento que le costó la vida.

Los naturalistas han realizado en esta parte asombrosos progresos, y el cuadro general de la historia orgánica del globo ha sido ya mas ó ménos atrevidamente trazado.

La tierra, en su primer estado, debió ofrecer el de una masa incandescente y flúida. Un denso manto de vapor la envolvía, y cuando por el enfriamiento se condensó y cayó la primera gota de agua líquida, la historia del mundo comenzó.

Formáronse entónces los mares, y en su seno formáronse también los diferentes terrenos que los geólogos, por el órden de su colocacion (de abajo arriba), llaman *primordiales*, *de transición*, *secundarios*, *terciarios*, *cuaternarios* y *modernos*.

Haëkel, en su *Historia de la creacion segun leyes naturales*, distingue cinco grandes secciones de historia orgánica terrestre: 1.^a, edad *primordial* ó *arqueolítica*, en que toda la poblacion de nuestro plan es acuática; 2.^a, edad *paleolítica* ó *primaria*, en la que aparece ya flora y forma terrestres; 3.^a, edad *mesolítica* ó *secundaria*, en la que aparece una importantísima clase de vertebrados, los mamíferos; 4.^a, *cenolítica* ó *terciaria*, en la que aparecen los placentarios, de que procede el hombre, y este mismo (segun Haëkel), al finalizar el período plioceno; 5.^a, edad *cuaternaria* ó *antropolítica*, época indudable de la aparición del hombre.

En realidad, concluye Haëkel, la historia universal de los pueblos no ocupa más que la última mitad de la edad antropolítica, cuya primera mitad debe ser llamada prehistórica. Se puede, pues, llamar *edad del género humano* al período que arranca desde el final de la edad terciaria hasta nuestros días.

La civilización humana ha pasado también por fases diversas que ya la mitología clasificó por edades de *oro*, de *plata*, de *acero* y de *hierro*. La realidad no ha desmentido esta vez á la fábula, y la ciencia no desautoriza en el fondo aquella cronología. Por eso se admiten hoy generalmente las tres edades llamadas de *piedra*, de *bronce* y de *hierro*. Joly cree conveniente admitir una cuarta edad, la del cobre, intermediaria entre la de piedra y la de bronce, si no en lo que concierne á Europa, donde aquel metal ha dejado pocas huellas, al ménos para América, donde mucho ántes que los mejicanos y peruvianos, los *Monnd-Bouilders* lo trabajaban sin el socorro del fuego.

En la edad de piedra distingue Lubbock dos

períodos: el de la piedra partida en cascós (arqueolítico) y el de la piedra pulimentada (neolítico).

Rigurosamente analizada esta cronología no es admisible. El tránsito gradual de la piedra al bronce y del bronce al hierro, no es indispensable al desenvolvimiento de un país cualquiera, y multitud de circunstancias han podido influir en el empleo sucesivo ó simultáneo de la piedra ó los metales. Los australianos de nuestros días se sirven aún de armas de piedra, en presencia de los metales de todas clases que les llevan los ingleses; los neo-caledonios emplean herramientas de hierro con hachas de piedra muy bien pulimentadas; y según Smart, médico militar de los Estados-Unidos, los Lacaudones de Chiquis cazan todavía con flechas de piedra.

Más inadmisibile es aún la pretension del gene-

ral Specht (1), que ha creído poder precisar las fechas del tiempo trascurrido en cada una de estas edades. El empleo de la piedra no indica siempre una inferioridad social muy marcada, y todavía ménos un grado de antigüedad exactamente definido (2).

Mortillet ha propuesto sustituir esta cronología con otra basada en el perfeccionamiento relativo del trabajo, y distingue á este fin tres edades: *colítica* ó de la piedra saltada á fuego; *paleolítica* ó de la piedra tallada, y *neolítica* ó de la piedra pulimentada. Pero los progresos de la industria por sí solos no han parecido base suficiente para una clasificación admisible; y Brocca, apoyando otra nueva en datos á la vez estratigráficos, paleontológicos y arqueológicos, propone para la época cuaternaria las divisiones que se detallan en el siguiente estado:

		DATOS ESTRATIGRÁFICOS.	DATOS PALEONTOLÓGICOS.	DATOS ARQUEOLÓGICOS.
EPOCA CUATERNARIA.	} Período arqueolítico.	{ Bajos niveles de los valles no <i>remaniés</i>	Edad del mamouth	El hacha de Saint-Acheul
		{ Medios niveles.....	Edad intermediaria	La punta de Moustier.
		{ Altos niveles.....	Edad del reno.....	La punta de Solutré.
	{ Período neolítico....	Terrenos recientes.....	Fauna actual... ..	{ Hacha pulimentada.
	{ Período metálico....			{ Edad del bronce.
				{ Edad del hierro.

No olvidando nunca la dificultad de estas clasificaciones, y que su empleo es sólo útil como un orden provisional, se podría también observar un método en la exposición y desenvolvimiento de las armas, dividiendo su estudio en esta forma:

ARMAS PREHISTÓRICAS.

- Armas terciarias.
- Armas cuaternarias.

ARMAS HISTÓRICAS.

- Armas antiguas.
- Armas de la Edad Media.
- Armas modernas.

No parece ocioso decir que este orden es puramente provisional, y que estamos dispuestos á aceptar cualquier otra clasificación más científica.

ALFONSO ORDAX.

(Se continuará.)

VAN DYCK.

I.

A principios del siglo XVII, Amberes se vanagloriaba con razón de su inmensa prosperidad comercial. La Europa entera le pagaba tributo, y en el Escalda venían á reunirse los buques de todas las naciones; pero en lo que fundaba su verdadero orgullo era en poseer dentro de sus murallas á Pedro Pablo Rubens jefe de la inmortal escuela flamenca; Rubens, el célebre pintor, cuya vida había sido un triunfo continuado; Rubens, el favorito de los reyes y de la fortuna.

Corría el año de 1623; de vuelta de París, donde lo había llevado Maria de Médicis, Rubens pintaba los cuadros que más tarde habían de adornar las galerías del Luxemburgo. En derredor de este ilustre jefe de su escuela, se agrupaba una multitud de discípulos que prometían á los Países Bajos dignos sucesores de su

(1) «Geschichte der Waffen.» (Historia de las armas.) Leipzig.

(2) Joly.—L'homme avant les métaux. Earis.

maestro. Veíanse allí, aunque desconocidos todavía, Santiago Jordaens, Abraham Diepenbeke, Van Thulden, Gerardo Saghers, Gaspar de Crayer y otros muchos, cuyos nombres no han llegado hasta nosotros; mas no era permitida á todo el que queria la entrada en el estudio de Rubens; para merecer este honor era necesario observar una conducta intachable, y justificarla con progresos continuados. De todos los puntos de Europa llegaban jóvenes de talento, ávidos de conocer los secretos del arte, estudiando al gran colorista de la época.

Entre las prohibiciones que este maestro tenia hechas á sus discípulos, existia una que habia repetido multitud de veces, con amenaza formal de espulsar al temerario que se atreviera á infringirla. Esta era la interdiccion de su gabinete, especie de santuario donde lejos de las miradas profanas, Rubens bosquejaba y concluía sus maravillosas creaciones.

Como sucede por lo comun, el aguijon de la curiosidad atormentaba el espíritu de los jóvenes, ansiosos de coger el fruto prohibido. El deseo de aprender, digámoslo en su disculpa, no les atormentaba menos.

—¡Oh! decian entre sí, si nos fuera posible penetrar en ese gabinete, sorprender los secretos del maestro, ver como prepara sus telas, y por medio de qué toques magistrales comunica á sus carnes ese brillo armonioso, ese vigor del que sin embargo no está excluida la ligereza. Penetremos en el fondo del santuario, exclamaban los mas atrevidos.

—Sí, sí, ¿pero cómo hacerlo?

El medio infalible fué hallado muy pronto: algunos florines con que se gratificó al doméstico sirvieron de introduccion.

Ya tenemos á nuestros futuros artistas en aquel gabinete, cuya entrada hasta entónces les estaba prohibida. Sus primeras impresiones fueron las del estupor. Midieron con la vista el inmenso número de las telas, y se preguntaron como Rubens podia hacer frente á tantas obras diversas, y darles tanta perfeccion, sin que se dejase ver con perjuicio del arte la precipitacion con que pintaba. Todo era hermoso, en todo estaba impreso el sello del genio: todo revelaba aquella mano poderosa que se mofaba de las dificultades y parecia buscarlas para triunfar. Mudos é inmóviles, los discípulos veneraban al maestro en sus obras, pero pronto se cansaron de su religiosa admiracion. Jordaens dió un golpe en la espalda á Van Thulden; Gaspar de Cla-

yer un puñetazo á Gerardo Saghers, que la emprendió no menos rudamente con Abraham Diepenbeke; por desgracia se hallaba este cerca de un cuadro recién concluido; no pudiendo soportar la violencia del choque, Diepenbeke cayó sobre el lienzo, borrando el cuello de una Magdalena, la megilla y la barba de una Virgen.

—¡Oh, Dios mio! ¿Qué hemos hecho? Esclamaron á una voz los jóvenes: el maestro nos alejará de sí vergonzosamente. ¿Dónde encontraremos una enseñanza comparable á la suya? Nos hemos perdido y llevamos la desesperacion á nuestras familias.

Tanto como la alegría y la imprevision habian animado sus corazones, tanto ahora el abatimiento y la tristeza vinieron á confundirlos en presencia de aquella irreparable desgracia, á la que seguiria bien pronto una sentencia rigorosa. En efecto, ¿cómo ocultar el daño? Rubens se apercibiria de él no bien llegase, y entónces, ¡cual no seria su indignacion!

De repente un joven, que como novicio en el taller y apenas conocido de sus camaradas, no habia tomado parte en sus juegos, exclamó con un tono resuelto y confiado:

—Amigos míos, no os aflijais. Yo os sacaré del peligro.

—¿Vos?

—Si, yo. Será acaso mucha temeridad, pero es preciso cobrar ánimo y hasta presuncion en circunstancias tan críticas como la presente. Hace poco que he salido del estudio de Enrique Van Palen, cuyo buen talento se ha fortalecido en Italia observando las obras de los mejores maestros de la antigüedad; él se ha dignado considerarme como uno de sus mas aventajados discípulos, y comunicarme el secreto de su estilo. Ahora bien: para restaurar de la mejor manera posible el cuadro manchado por Diepenbeke, emplearé el procedimiento de Van Palen.

—¡Cómo!... dijo Jordaens, ¿osareis?

—¿Preferís ser despedidos esta tarde?

—¡No, no!

—Entonces dejadme hacer; justamente la paleta de Rubens está allí dispuesta. Volveos al taller, necesito estar solo. ¡Quiera Dios que no me falte tiempo para acabar mi obra!

Dos horas pasaron: dos horas de un trabajo precipitado, asiduo, infatigable, en que la fiebre á la vez consumia y daba fuerzas á la mano. Al cabo de estas dos horas todo habia concluido.

(Se continuará.)